

Los jesuitas de ayer y de hoy

En todo amar y servir

La culminación de los Ejercicios Espirituales de San Ignacio de Loyola, fundamento y fuente de la espiritualidad ignaciana y de la Compañía de Jesús, están encerrados en esta expresión escogida como símbolo de los retos que nos plantean a los jesuitas la celebración de los centenarios ignacianos de 1990-1991. En 1491 nació en Azpeitia Iñigo López de Loyola. El 27 de septiembre de 1540 el Papa Paulo III autorizaba la fundación de la Compañía de Jesús. Estas dos fechas enmarcan el año centenario teniendo como eje el día 22 de abril, fecha en que hicieron los votos los primeros jesuitas y, sobretudo, fiesta de María, Madre de la Compañía de Jesús.

Para los jesuitas venezolanos se añade otra conmemoración: los setenta y cinco años del regreso de los jesuitas a esta tierra. Jesuitas hubo en tiempos de la colonia en diversas partes de nuestra geografía, Caracas, Maracalibo, Mérida, los llanos del Arauca y la zona amazónica. Sallieron en 1768 al ser expulsados de España y todos sus dominios. En 1773 el Papa Clemente XIV suprime la Compañía de Jesús que es restaurada por Pío VII en 1814. Sin embargo, no es hasta 1916 cuando retornan a Venezuela.

UN ACTO DE FE QUE NOS HACE LIBRES

Ser jesuita hoy es hacer un acto de fe. Porque se pone toda la confianza en la acción de Dios, se es capaz de superar la sensación de impotencia que invade a cualquier persona cuando se decide entrar en la Compañía de Jesús. La conciencia de no poder llevar adelante con las propias fuerzas las exigencias de la vida de "compañero de Jesús" se convierte en fe en la fuerza de Dios. Sólo como acto de fe puede asumirse un compromiso "para toda la vida", que implica entregar la propia vida y que no se sabe, ni siquiera se sospecha, a dónde puede llevar.

El jesuita es un hombre consciente de su propia debilidad. En el seguimiento de su vocación siempre es un "muchacho" que vive del amor del Padre Dios. Como hizo el mismo Jesús de Nazareth, el jesuita hace aquello que aprende del Padre, que por la fuerza de su amor lo ha hecho capaz de ser hijo, por tanto hermano de los demás seres humanos.

En la vida del jesuita hay un solo absoluto: Jesucristo crucificado que invita a entregar la propia vida. Todo lo demás es relativo y lo usará "tanto, cuanto" sirva para producir vida fraterna en esta historia humana y contribuir al cumplimiento de la promesa del Padre Dios, anunciada por Jesús, la venida de un reinado de justicia, paz y amor, como regalo del mismo Dios a la humanidad.

Allí está la clave de la libertad cristiana. Quien se confía en los otros hasta el punto de "perderle el miedo a la muerte" rompe las cadenas de la peor de las esclavitudes, la de querer atesorar para sí mismo la propia vida.

Dar el paso de hacerse "compañero de Jesús" supone liberarse del miedo a toda clase de muerte: la del desprestigio, la de la crítica, la de la mediocridad, la de conformarse en ser como los demás, la de seguir los criterios operativos dominantes en un determinado momento de la vida social, la de la persecución y, por consiguiente, la crucifixión y la desaparición física.

Una vez adquirida la libertad cristiana el jesuita busca la mejor manera de prestar todas sus energías al servicio de la causa de Jesús. Busca la manera de entregar su vida en la forma más eficaz para contribuir a la liberación de las personas y las relaciones sociales que mantienen oprimidas a las mayorías de nuestros pueblos.

Los "compañeros de Jesús", como él; viven de la esperanza en el Dios Inédito, siempre mayor, Inmanipulable y dando razón de esa esperanza a tiempo y a destiempo, cuando se lo pidan o aunque no se lo pidan.

LLAMADO A SER COMPAÑERO DE JESUS

Al hacerse libre y disponible, el jesuita escucha en lo más hondo de sí mismo la llamada a seguir el estilo de vida de Jesucristo, a continuar su camino, a realizar la transformación que él inició en un contexto histórico muy distinto, pero igualmente necesitado de hacer presente la palabra alentadora de Dios.

Escuchar la llamada y elegir seguirla implica abandonar toda seguridad. Para vivir la libertad adquirida y la elección hecha desde ella se ve obligado a romper con las cosas y las relaciones más queridas, más "sagradas". Dejar todo lo que se tiene. Separarse de la familia y de los allegados. Relativizar su propia cultura, en la que ha construido su identidad.... Desde ese desgarramiento que supone el desprendimiento de las más hondas seguridades vive la absoluta confianza en Dios y puede eficazmente contribuir a que sus los demás seres humanos trasciendan el presente y construyen un futuro basado en el amor verdadero.

Los jesuitas se convierten así en "peregrinos", para usar una imagen muy querida a San Ignacio y muy evangélica, "sin bolsa, ni morral, ni sandalias... para el camino". Esa es su radicalidad, vivir "sólo y a pie", para ser guiado únicamente a hacer lo que más conduzca a acelerar la presencia histórica del reinado de Dios.

Hacer lo que Dios quiere, entendido cristianamente, significa desarrollar la capacidad de escuchar al pueblo, de sentir las angustias de los más necesitados, de compartir la vida de los pobres y, desde allí, discernir, es decir, encontrar el modo preciso de contribuir a su liberación. Para que el "discernimiento" sea hecho en el Espíritu de

Jesús es necesaria una vida de oración, haber llegado a la familiaridad en la comunicación con el amigo Jesús y haber desarrollado la facilidad de encontrar a Dios en todas las cosas.

ENVIADOS AL MUNDO DE HOY

Los jesuitas "no se gobiernan a sí mismos", forman parte de la comunidad de los seguidores de Jesús, es decir, de la Iglesia. Más aún, dentro de la Iglesia están a la disposición de su cabeza el Papa, para atender aquellas tareas que él considere son importantes para el conjunto de los cristianos y del servicio que la Iglesia quiere hacer al mundo actual.

La Compañía de Jesús tiene conciencia de ser "sucesora", de formar parte de una tradición que hunde sus raíces en la historia veterotestamentaria del pueblo de Dios, pero con su cimiento en Jesucristo. Los actuales jesuitas nos sentimos "sucesores" de Ignacio de Loyola, de la forma que el descubrió de seguir de cerca el camino del evangelio. Estamos arraigados en esa rica tradición, con el compromiso de responder a los requerimientos de la humanidad actual con la misma novedad con la que se presentan los problemas y retos.

Enviados a realizar hechos concretos de liberación. Jesús no fue sólo un predicador. Su palabra estaba avalada no sólo con su coherencia personal de vida. Fue un liberador: curó enfermos, expulsó demonios, denunció injusticias, desenmascaró imágenes falsas de Dios y de la religión que sólo servían para mantener esclavizado al pueblo. Los "compañeros de Jesús" también son enviados a liberar a sus hermanos.

Enviados a predicar la Buena Noticia de la posibilidad real de la justicia, la paz y el amor verdadero en nuestra historia presente. Por eso, enviados a facilitar la conversión personal y a hacer posible la transformación de las estructuras sociales que las impiden. La lucha por la justicia es una dimensión ineludible de la vivencia y anuncio de la fe en el Dios-padre-de-Jesús. Así lo expresó la Congregación General XXXII^a de la Compañía de Jesús:

"Dicho brevemente: la misión de la Compañía de Jesús hoy es el servicio de la fe, del que la promoción de la justicia constituye una exigencia absoluta, en cuanto forma parte de la reconciliación de los hombres exigida por la reconciliación de ellos mismos con Dios." (D.4.2)

Conscientes de las dificultades, de las reacciones contrarias que el ejercicio de esta tarea apostólica puede suscitar:

"No trabajaremos, en efecto, en la promoción de la justicia sin que paguemos un precio. Pero este trabajo hará más significativo nuestro anuncio del Evangelio y más fácil su acogida." (C.G. XXXII^a, D.4.46)

Dispuestos, por tanto, a sufrir por ser honrados, por responder a esa llamada porque los "compañeros de Jesús" creen profundamente que "si el grano de trigo no cae en tierra y muere queda infecundo, pero si muere da mucho fruto" (Jn 12,24)

SEMBRAR LA ESPERANZA

En Venezuela, como en gran parte del mundo, las mayorías populares viven tiempos de desesperación. La situación de creciente empobrecimiento y de endurecimiento de las relaciones de injusticia nacionales e internacionales ennegrecen el horizonte de tal manera que prácticamente impiden imaginar que pueda ser otra la realidad, que se den transformaciones que permitan otear un futuro mejor.

La Compañía de Jesús quiere ser en esta situación semilla de esperanza. Los jesuitas queremos echar nuestra suerte con la del pueblo, compartir su vida, siguiendo el mismo movimiento que llevó a Jesús de Nazareth a encarnarse entre los pobres del pueblo de Israel. Viviendo también la esperanza. Alimentando esa religión del pueblo que no permite se extinga la esperanza. Compartiendo la fe y buscando en ella la fuerza para ir más allá de lo que el "orden establecido" nos muestra o nos permite ver del futuro.

SIC es una revista de la Compañía de Jesús en Venezuela. Ha circulado todos los meses de cincuenta y tres de los setenta y cinco años que cumplen los jesuitas en Venezuela. SIC no podía dejar pasar estos centenarios ignacianos sin ofrecer a sus lectores la posibilidad de conocernos más internamente. De urgir en nuestras motivaciones profundas, en las raíces de nuestra forma de ser, en nuestra historia, en los horizontes que nos planteamos... Las páginas de un número de SIC no son suficientes para todo esto, pero sí pueden dar las principales pistas de lo que queremos ser.

Ofrecemos, pues, a nuestros lectores artículos en los cuales intentamos expresar cómo entendemos la vigencia de la vida de San Ignacio, una caracterización de la identidad jesuítica que permita acercarse a las peculiaridades de nuestro modo de proceder, una reseña de lo que han sido estos setenta y cinco años de trabajo apostólico y del abanico de compromisos asumidos por los jesuitas en Venezuela. Un número dedicado a los jesuitas de nuestro tiempo no puede no dedicarle muchas páginas al Padre Pedro Arrupe, Superior General de la Orden entre 1965 y 1983, inspirador de la profunda renovación de la identidad de la Compañía.

Completamos nuestro editorial del número anterior, con una breve biografía del P. Arrupe y una muestra significativa de su "palabra" tan evangélica, tan ignaciana, tan actual, tan tradicional y tan desafiante ante las novedades de nuestro tiempo. Pedro Arrupe fue el inspirador de una Compañía de Jesús que entendiera su misión de luchar por la justicia como exigencia de la fe en Jesucristo, por eso presentamos algunas implicaciones que él mismo inspiró para nuestra vida y la de la Iglesia de asumir a fondo y en serio esta misión.

Con este número queremos significar nuestro compromiso renovado con el pueblo venezolano de contribuir con todas nuestras fuerzas a su liberación. Queremos ratificar nuestra mejor disposición de servir a la Iglesia venezolana. Cuenten con nosotros.